

El 1° de junio de 2000, Bátiz deja en claro su opinión sobre Vicente Fox. Al discutir el uso de recursos del gobierno del estado de Guanajuato a favor de su campaña presidencial, profetizó lo que podría ser un gobierno encabezado por este personaje, si llegaba a la presidencia: "Él es un hombre formado con una ideología liberal capitalista, distinta a la formación tradicional de los militantes de Acción Nacional, a los que va a hacer a un lado, como ya lo dijo, va a guardar en el cajón del escritorio los principios de doctrina y va a gobernar como lo que es, un hombre práctico, vendedor de refrescos azucarados."

A un mes de las elecciones del 6 de julio, insiste en el maridaje y complicidad PRI-PAN para esconder las listas de los deudores del Fobaproa. Después, en su discurso del 21 de junio de 2000, se declara a favor de que se establezcan los mecanismos pertinentes para el posible desafuero de Óscar Espinoza Villareal.

A mi manera de ver, en este periodo como legislador, Bátiz consolidó sus posturas críticas en pro de la justicia social y la democracia participativa. Demostró que cada quien desde su posición puede luchar contra los grilletes y censores por más poderosos que éstos parezcan. La publicación de *Pido la palabra* impone el reto analítico de recuperar ésta como tantas otras voces obviadas en la historiografía, con lo que se siguen reproduciendo los silencios del autoritarismo en México.

FROYLÁN ENCISO

Ami Gluska, *The Israeli Military and the Origins of the 1967 War*, Londres, Routledge, 2007, 324 pp.

Analizar acontecimientos que evocan e invocan emociones colectivas –incluyendo mitos enraizados– no es tarea liviana. Se precisa no sólo intrepidez intelectual; también es imperativa la resistencia al ridículo y a la burla. Gluska, joven investigador israelí vinculado con la Universidad Hebrea de Jerusalén y con el Colegio Académico de Ashkelón, revela ambas cualidades en este libro que aborda los procesos y las peripecias que condujeron a la guerra entre Israel, por un lado, y la coalición formada por Egipto, Siria y Jordania, por el otro, en 1967. Su examen se sustenta en archivos militares que aún no están a disposición del amplio público; y el autor complementa los datos con entrevistas a personajes que desempeñaron un papel cardinal en ese episodio, incluyendo a Miriam Eshkol, esposa de quien fuera primer ministro de Israel en ese crítico año. El resultado es una indagación sobria de tres interrogantes fundamentales que afilan hasta hoy el interés de los investigadores.

La primera alude a las circunstancias que condujeron a egipcios, sirios, jordanos e israelíes a un conflicto armado que ninguno de ellos deseaba. Fueron acorralados por una dinámica eslabonada que ellos mismos gestaron con imprudente inocencia. La segunda aborda las tensas relaciones entre el gobierno y los militares que encresparon a Israel en mayo y junio de 1967 con grave amenaza al sistema democrático de ese país. Describe un amago de *putsch* apenas conocido y confesado por los protagonistas de este episodio. Gluska lo estudia y presenta con admirable equilibrio. Y la última interrogante que analiza es acaso la más importante por sus repercusiones hasta el presente: el choque militar de 1967 implicó no sólo la derrota humillante de egipcios, sirios y jordanos; también la conquista de territorios y su ulterior colonización (desde la península del Sinaí hasta la Cisjordania y las alturas del Golán) que ni los políticos ni el ejército ambicionaban. Antes al contrario, en las semanas que siguieron a la victoria el gobierno israelí procuró deshacerse de ellos —exceptuando la porción jordana de Jerusalén— a cambio de un acuerdo regional. Pero las fiebres nacionalistas y mesiánicas fueron más fogosas que la sensata aspiración de desprenderse de tierras habitadas susceptibles de amenazar en el mediano plazo la viabilidad y la legitimidad del Estado israelí. El fulgurante triunfo gestó así oscuras consecuencias que se manifestarán, siete años más tarde, en la erupción de Yom Kipur (1973) y en los actos de terror y de violencia que las partes se propinan hasta hoy.

Veamos con algún detenimiento cada uno de estos asuntos. En los años sesenta, el presidente Nasser cultivaba propensiones desiguales. Formular y difundir, por una parte, su *Filosofía de la Revolución* que involucraba varias esferas de acción: la egipcia, la árabe, la musulmana y la tercermundista; y, por otra, demostrar que su protagonismo carismático en estos espacios no se constreñía a la prédica de nuevas posturas diplomáticas sino que comprendía también gestos tangibles, particularmente contra Estados Unidos como potencia imperial y contra Israel en tanto enclave occidental en el Medio Oriente. Debe recordarse que en aquellos años se retiraron de la escena internacional líderes importantes del Tercer Mundo, como Nehru, Sukarno, Nkruma y Ben Bella. El presidente egipcio percibió entonces que debía atenuar estos vacíos desempeñando un papel rector exigido por el lugar que él mismo se adjudicó en la Historia.

La intervención en 1961 en la guerra civil que a la sazón sacudía al Yemen constituyó una de sus iniciativas regionales. Despachó 60 000 efectivos con la misión de apoyar a la causa republicana. Ciertamente, las intenciones del líder egipcio revestían superior alcance: ganar acceso a las fuentes de petróleo localizadas en Arabia Saudita y en Irán. Dos países que alentarán en consecuencia un frente antinasserista.

Para Israel, en contraste, la injerencia de El Cairo en Yemen fue apreciada como una ventaja pues removía la posibilidad de una agresión egipcia a través del Sinaí. Sin embargo, a principios de 1967 Nasser efectuó un cualitativo viraje: cerró Akaba y el estrecho de Tírán a la navegación israelí, a fin de impedir al odiado vecino el ochenta por ciento del petróleo abastecido por el sha iraní. Y como la respuesta israelí e internacional a esta iniciativa fue confusa y oscilante, Nasser se permitió un paso más: expulsar a las fuerzas militares de la ONU estacionadas en el Sinaí; éstas constituían desde 1957 una barrera –más ceremonial que efectiva– entre Egipto e Israel. Tales decisiones encendieron el temor en Israel, particularmente en el seno de un gobierno jefaturado por Levy Eshkol que se inclinaba a soslayar cualquier choque militar a menos de contar claramente con el apoyo de Europa Occidental y de Estados Unidos. Sin embargo, como Gluska afirma correctamente, el ruidoso verbo del *jihad* auspiciado por Nasser afectó sensiblemente la psicología colectiva de los israelíes al actualizar la memoria del Holocausto (p. 5). La concentración de los judíos en Israel se convertía, en estas circunstancias, en una trampa insoportable si la amenaza no era diluida.

En este contexto Nasser alumbró una idea que suscitó pesadillas en Israel: destruir el reactor nuclear ubicado en el Neguev (pp. 27 y ss.). Como se sabe, Israel había construido con absoluto secreto un centro de investigaciones atómicas a fines de los cincuenta. Desde entonces a la fecha no se sabe con certeza cuál es la naturaleza de esta instalación. Los gobiernos israelíes han vedado cualquier inspección pormenorizada del reactor que se cobija en una doctrina opaca en materia nuclear: la capacidad de este centro es un tema que sólo admite especulaciones. Israel jamás ha efectuado un experimento atómico, aunque se sabe que ha enviado observadores a los ejercicios realizados por otros países (Francia y Sudáfrica, por ejemplo). Sin embargo, los gobiernos y la opinión pública internacional suponían que Israel ya contaba con varios artefactos nucleares de carácter militar. En este contexto, Nasser empieza a dar pasos conducentes al desmantelamiento del reactor israelí con un fulminante ataque aéreo. Suponía que esta acción sería festejada no sólo por los países árabes y por la URSS que en aquel entonces lo protegía, incluso norteamericanos y europeos la tolerarían debido a la tozuda postura israelí adversa a cualquier inspección internacional de estas instalaciones. Su cálculo era tan astuto como correcto.

Según Gluska, el proyecto de Nasser empezó a cristalizar con vuelos dirigidos a fotografiar el reactor, circunstancia que mudó la postura conciliatoria del alto mando militar israelí. En ningún caso éste podía tolerar la destrucción de un baluarte en el cual reposaba la seguridad estratégica del país. Ciertamente, este proyecto de Nasser y la racionalidad que lo presidía lleva hoy a pensar en los giros paradójicos de la secuencia histórica. Pues

Israel desbarató en 1981 las incipientes plantas nucleares en Iraq y en estos días explora diferentes modalidades para neutralizar el avance iraní en esta materia con el aliento al menos implícito de Estados Unidos y de varios países europeos y árabes (Alemania, Egipto y Arabia Saudita, entre otros).

En cualquier caso, esta grave amenaza se sumó al despliegue de fuerzas egipcias en la península del Sinaí y el retiro de los efectivos de la ONU para crear en Israel un efecto encadenado que hizo germinar el temor cuando no la histeria colectiva. Sin embargo, ninguno de los dos países imaginaba que se llegaría al cabo a la guerra. Se configuraba más bien como un juego de nervios, “al borde del abismo”, que Gluska examina prolijamente.

El segundo asunto de esta obra refiere las nerviosas relaciones entre el gobierno y la institución militar en los meses críticos de 1967. El texto eleva aquí aportes significativos que durante varias décadas fueron ocultos a la opinión pública israelí. El autor describe dramáticos encuentros en los que el Poder Ejecutivo intentó frenar las tendencias belicistas del ejército; el propio Ben Gurión, entonces en la oposición, anunció públicamente sus temores en torno al probable derrumbe de la democracia y la posibilidad de un violento golpe militar. Estas asperezas sectoriales fatigaron sensiblemente a Itzhack Rabin, entonces jefe supremo de las fuerzas armadas, quien procuró encontrar fórmulas conciliatorias entre las reclamaciones opuestas. Este empeño lo llevó a un agotamiento físico y nervioso que lo postró, alejándolo de la ponderación de las disyuntivas durante 48 horas. Su segundo en la jerarquía, Ezer Weizmann, lo reemplazó en estas funciones. Cuando Eshkol resolvió postergar cualquier acción militar hasta agotar el recurso diplomático puesto en marcha por el canciller Abba Eben, Weizmann no vaciló en irrumpir en las oficinas del primer ministro, exigir a gritos su renuncia, estallar en sollozos y arrojar al suelo todas sus condecoraciones. Acto dramático que traducía el tamaño del ácido conflicto.

Cabe subrayar que estas divergencias no tuvieron solamente un carácter táctico. Las tensiones entre los políticos y los altos oficiales se manifestaron también en términos ideológicos. No es descabellado calificar esta rivalidad como un litigio cuasiantológico, es decir, el “judío” contra el “israelí”. El gobierno representaba al primero por su encorvada timidez y por su dependencia vergonzante respecto del otro (es decir, Estados Unidos), en tanto que el ejército exhibía al israelí independiente y seguro de sí mismo, tal como la doctrina sionista había pregonado durante décadas.

De todos modos, la tirante situación obligó a buscar componendas. Una de ellas fue la de constituir un gobierno de unidad nacional a fin de aproximar la unanimidad en las decisiones y así moderar el pánico colectivo. Como resultado, Menajem Beguin, que había sido considerado un “apestado” por

los gobiernos anteriores, asumió funciones ministeriales. Y el viraje acaso más importante fue asignar a Moshé Dayan, que a la sazón pertenecía a la oposición, el cargo de ministro de Defensa. De esta manera Israel adquirió la capacidad de tomar decisiones con un mínimo de tensiones intrasectoriales. Y la democracia sobrevivió con prescindencia de los preparativos de guerra (p. 230).

Finalmente, Gluska revela que, conforme a los documentos oficiales del gobierno y de los mandos militares, el objetivo del convenido ataque preventivo contra Egipto, primero, y contra Siria y Jordania, después, consistía en la destrucción total de las fuerzas enemigas y el abandono inmediato de cualquier espacio territorial. Los círculos gobernantes israelíes estaban convencidos en aquel momento de que una geografía poblada por un caudal considerable de palestinos no convenía a los intereses de largo plazo de Israel; se juzgaba que la retención de los territorios ganados pondría en tela de juicio la estabilidad del país e incluso la legitimidad de la ideología sionista que lo presidía (p. 213 y ss.) Acaso políticos y militares intuían que Israel podría desbordar, al retener los territorios, los límites de su capacidad de control, desacierto logístico que, según las fundadas tesis de Paul Kennedy, explica el declive de no pocos países imperiales. Sin embargo, la contundente victoria militar que costó menos de 800 soldados muertos (se había previsto antes de la guerra entre 10 000 y 50 000 víctimas) y la conquista de espacios que suscitaron reminiscencias y obsesiones bíblicas y mesiánicas alentaron la formación de poderosos grupos inclinados –al principio con el incentivo del propio gobierno– a ocupar y a habitar las nuevas extensiones, particularmente en la franja occidental del Jordán. Esta colonización que fue modesta en los setenta se ha convertido a la fecha en un poderoso movimiento que abarca al diez por ciento de la población israelí. Los resultados: el odio y la violencia cunde en los territorios ocupados, la derecha israelí ha asumido caracteres francamente fascistas y discriminatorios, y la creencia en que la explosión demográfica de los palestinos será resuelta “por los Cielos” no ha menguado.

En suma, esta meritoria indagación de Gluska debe interesar no sólo a los especialistas en el Medio Oriente y las relaciones internacionales. Aporta también material de reflexión a los estudiosos tanto de la lógica como de los delirios que presiden las grandes decisiones nacionales, en tanto que los historiadores comprobarán una vez más cómo la ironía y la irracionalidad norman la dialéctica de los hechos sin respetar las intenciones explícitas de sus actores.